



Juan Ignacio Zavala

El zapato volador

Las conferencias de prensa ya no son lo que eran. Como todos sabemos, sin mediar pregunta alguna el periodista iraquí Muntazer al-Zaidi le aventó sus zapatos al presidente George W. Bush, al tiempo que le decía perro. El video que le ha dado la vuelta al mundo apenas no deja de sorprender. Un zapatazo contra un presidente es algo que en occidente podemos considerar francamente novedoso y gracioso, pero resulta que en Irak aventar un zapato es un insulto gigante.

La escena resultaría cómica, de no ser porque el zapato dirigido al presidente estadounidense sintetiza el odio y la repulsa

Ver a los políticos en situaciones ridículas es algo de lo que gozan enormemente los ciudadanos. Es una suerte de venganza pública, de reivindicación de la sociedad ante los atropellos

general que provoca Bush. No es extraño que el periodista detenido tenga ofrecimientos de más de un centenar de abogados. Si le dictan una fianza, el señor Al-Zaidi no tardará en conseguir en cinco minutos millones de dólares. La solidaridad con el periodista iraquí es enorme y su zapato volador es el resultado de la política estadounidense en Irak.

Pocas personas como Bush atraen con facilidad la burla y el insulto. De los escasos consensos que ha generado el presidente estadounidense es el de que tiene buenos reflejos. Nadie le reconoce el sentido del humor, que sin duda lo mostró al decir que lo único que podía declarar era que el zapato era del número 10. La mayoría de la gente más bien sintió frustración al ver que Bush pudo esquivar el proyectil. En su propio país el presidente es víctima de bromas hirientes. Hay tomos de los denominados *bushismos* que contienen el probable significado de lo que el presidente intentó decir en determinada declaración. Un día una mujer estadounidense me preguntó si Bush sabía hablar español. Le dije que no, que no creía que supiera hablar español. No sería raro, me contestó, porque tampoco sabe

hablar inglés. Circulan ahora resúmenes de sus tropezones verbales; presentaciones en computadora con fotos en situaciones que pudieran ser vergonzosas pero que en él resultan normales: leyendo un libro al revés, tratando de ver con unos binoculares con los lentes tapados, intentando abrir una puerta que se sabía estaba cerrada, con un paraguas abierto y volteado por el viento, bailando tap mientras espera una visita; nadie olvida cuando apareció con la cara amoratada porque, según dijo, se le había atorado un pretzel, en fin, que el tipo da para todo. Bush es capaz de presentarse a su próxima conferencia con un casco.

Ya en algunas ocasiones habíamos visto en Europa cómo a algunos primeros ministros les aventaron huevos o les embarraron un plato de merengue en la cara. Ver a los políticos en situaciones ridículas es algo de lo que gozan enormemente los ciudadanos. Es una suerte de venganza pública, de reivindicación de la sociedad ante los atropellos. Es probable que la audacia de Al-Zaidi despierte la creatividad en otras partes del mundo y veamos pronto en aprietos a algún mandatario. ■■

juanignacio.zavala@cen.pan.org.mx

